

La deshumanización de la medicina

Gral. Brig. M.C. Ret. Rafael García Carrizosa

Tres pasiones simples, en ocasiones abrumadoramente intensas, han gobernado mi vida: El ansia de amor, la búsqueda del conocimiento y una irresistible piedad por el sufrimiento humano.

He buscado el amor, primero, porque proporciona el éxtasis, un éxtasis tan grande que si se me hubiera propuesto, gustosamente habría cambiado el número de años que me quedan de vida por un número igual, pero en horas, de tan inefable gozo, he buscado el amor, segundo, por que alivia la soledad, esa soledad en que una conciencia trémula se asoma al borde del abismo insondable de la nada. finalmente, he buscado el amor porque proporciona en una miniatura maravillosa la visión de los cielos que han concebido los poetas y los santos. Gracias María por el gran amor que me has dado.

He buscado el conocimiento porque he querido entender la mente y el corazón del hombre; saber por qué brillan las estrellas; entender el aserto pitagórico de que el número yugula el devenir del universo y la sentencia galileana de que el libro de la naturaleza está escrito en lenguaje matemático.

Si bien el amor y el conocimiento me transportaban a los cielos, me hacía descender a la Tierra el espectáculo del sufrimiento humano: niños muriéndose de hambre, ancianos desvalidos que constituyen una carga insostenible para sus seres queridos y todo un mundo de ignorancia, miseria, enfermedad y dolor que convierten la existencia humana en una burda caricatura. A lo largo de mi vida de médico traté en la medida de mis posibilidades de aliviar el sufrimiento humano.

Como una pasión complementaria, ha influido en mi vida la amistad. Y cuando deseo dar una idea de mi sentido de la amistad, recurro a la siguiente anécdota; en alguna ocasión se le preguntó a uno de los grandes de Inglaterra, uno de los forjadores de la grandeza del imperio, cuáles eran a su juicio las cosas más valiosas de la vida. Respondió sin vacilar: dos cosas; primero el amor. No existen palabras apropiadas para describir las excelsitudes del amor. ¡Ah! pero después del amor, la amistad. Porque haber disfrutado en la vida el don supremo de tener grandes, verdaderos amigos, es haber vivido la sensación de entibiarse las manos en el fuego central de la vida.

En opinión del Dr. Lagarriga, su empleo más común es para señalar uno, varios o todos los componentes de

una constelación de vicios que empañan la relación médico-paciente idónea. Señalaba como ejemplos habituales: incapacidad por apresuramiento o falta de empatía del médico para escuchar con atención y paciencia a su paciente; para transmitirle afecto, comprensión, compasión o consuelo, todos defectos menores, hasta grados extremos y por tanto más censurables como la ignorancia punible, la ineficiencia irresponsable, el fraude criminal, el alto costo de la medicina privada; por consiguiente, la desaparición del componente caritativo, samaritano, entre los médicos, porque en efecto, no es indiferente que el médico sea una especie de sacerdote que dispensa sus servicios gratuitamente en aras de las exigencias de la caridad como ocurría frecuentemente en el pasado; otras, un particular deseo de hacer valer sus habilidades profesionales como expresión de un ejercicio de medicina liberal o privada, en que existe el peligro de que el médico degenera en un vendedor de salud, eficaz pero indiferente y apresurado; otras, finalmente, un funcionario adscrito a una organización estatal como parte de un sistema de medicina institucional, socializada, al servicio del pueblo.

Pero también puede entenderse como deshumanización de la medicina el divorcio entre su ejercicio y el humanismo a la manera del maestro Chávez, quien consideraba este divorcio como la peor forma de mutilación espiritual del médico ante la falta de cultura humanística que lo convierte en un bárbaro ayuno de lo que da la comprensión humana y que fija los valores del mundo moral; porque humanismo no es lujo ni refinamiento de estudiosos que tienen tiempo para gastarlo en frivolidades disfrazadas de satisfacciones espirituales, humanismo es —cultura, comprensión del hombre en sus aspiraciones o miserias, valoración de lo que es bueno, lo que es bello y lo que es justo; establecimiento de normas que rigen nuestra vida interior, afán de superación que nos lleva a igualar la vida con el pensamiento. Porque el conocimiento da poder, pero sólo el humanismo y la filosofía dan libertad y sabiduría, por eso, el médico mientras más sabio, debiera ser más humano, más culto, es decir, más humanista.

Esta corriente filosófica, el humanismo, nació durante el renacimiento, los humanistas de entonces remontaron el río de la historia para encontrar las raíces de la cultura de Occidente en Grecia, en el milagro griego, se inspiraron en los grandes clásicos de la literatura y la filosofía griegas para

librarse del dogmatismo escolástico medieval y engendrar en espléndida floración al mundo moderno, que en el orden intelectual se lanzó a la búsqueda de la verdad interrogando a la naturaleza misma; en el arte nos enseñó a amar la belleza libre de pecado y en el orden moral, nuestra dignidad superior de hombres libres. Este legado maravilloso es el que ha dado al médico su posición privilegiada, en efecto, si el médico y la medicina han gozado del respeto público, ello es debido a que tradicionalmente han sido sinónimo de respeto por los valores superiores del hombre. Una de las metas primordiales en la enseñanza de la medicina, prácticamente siempre ha sido, y debiera seguir siendo, desarrollar en el estudiante el respeto al valor, autoestima y dignidad de la persona humana.

Es indudable que bajo cualquiera de las dos formas que se la considere, la llamada deshumanización de la medicina sólo concierne al médico en ejercicio, es decir al médico que ve enfermos; incumbe por tanto a la relación médico-paciente.

Hasta los primeros decenios de este siglo esta relación fue en general satisfactoria; sin embargo, en los últimos decenios, en una u otra medida, esta relación tiene frecuentemente un carácter conflictivo. De una manera general, aparte de otras razones, se pueden señalar dos muy importantes: 1o. La tecnificación extremada del diagnóstico que limita de manera muy importante el contacto humano con el paciente y 2o. La creciente socialización de la medicina y su consecuente masificación que reduce perturbadoramente el tiempo que se debe dedicar al paciente.

Aunque un buen diagnóstico y una buena terapéutica son condiciones indispensable para la curación del paciente, esto no es suficiente, es necesario que la relación médico-paciente sea satisfactoria. Puesto que el acto médico, es decir, el contacto técnico entre médico y paciente es un encuentro entre dos hombres, para que sea plenamente satisfactorio es necesario que la intención principal del médico sea la buena disposición de prestar la correspondiente ayuda técnica y la intención principal del paciente sea la genuina voluntad de curarse, lamentablemente no siempre éste es el caso, esta relación, aparte de un momento cognoscitivo (diagnóstico) y de un momento operativo (tratamiento), posee un momento afectivo entendido como «amistad» a la manera de los antiguos griegos, y un momento ético-filosófico o ético-religioso configurado según el caso, por los hábitos y las creencias vigentes en el mundo al que el médico y el enfermo pertenecen, posee además un carácter personal y social; personal en cuanto acontece entre dos personas; social en tanto que la persona del médico y del paciente pertenecen a una sociedad que en gran medida condiciona su modo de ser y de encontrarse, sin tener en cuenta todas estas características imprescindibles del acto médico no podrá entenderse correctamente la relación médico-paciente.

He afirmado en alguna ocasión que vivimos tiempos de crisis, (no me refiero concretamente a la económica que actualmente sufre el país). Integrados en un mundo revolucio-

nado asistimos al desmoronamiento del soporte ideológico y moral sobre el cual descansaban la fe y la conducta de la humanidad y sobre el cual la misma ciencia encontraba su motivación y sus canales de expresión. La extinción de los clásicos valores espirituales y el cuestionamiento de las hipótesis tradicionales de la existencia, han dejado a la ciencia misma sin sólidos puntos de referencia y se tiene la impresión de que el incesante y desorbitado progreso científico se dirige hacia un modelo, no hecho por el hombre ni controlado por él. La confianza en la estabilidad y aún la base misma de la existencia humana se han desvanecido en grado sumo y no sólo se percibe una amenaza al legado cultural del hombre sino que se advierte que todo aquello que uno quisiera ver defendido a toda costa, es despreciado cada día.

Es indudable que uno de los factores más importantes del cambio radica en la llamada revolución científico-tecnológica. Cuanto más acelerados y vertiginosos son los cambios, mayor es el desmoronamiento del presente que surge del pasado; sin embargo, el hombre necesita un equilibrio entre cambio y estabilidad, es siempre necesaria la sensación de un presente válido y la expectativa de un futuro mejor como elemento insustituible de equilibrio psicológico personal y social.

Por lo que hace a la medicina, uno de los grandes problemas actuales es el relativo a la base filosófica de su ejercicio, desde el punto de vista ético o deontológico. En años recientes han visto la luz un buen número de volúmenes que constituyen un ataque frontal a la medicina como profesión y han tenido lugar en diferentes partes del mundo, reuniones de alto nivel para tratar los llamados problemas de conciencia de la medicina contemporánea. Este curso sobre deshumanización de la medicina constituye un ejemplo ilustrativo, aunque en algunos de estos volúmenes se ataca a la medicina en sus aspectos científicos y tecnológicos, la mayoría se refieren a problemas éticos o deontológicos. Se esgrime frecuentemente el olvido del legado de Esculapio, de Hipócrates, de Maimónides y de tantos humanistas y moralistas que a lo largo de centurias han contribuido a integrar el patrimonio espiritual, ético y filosófico, del ejercicio de la medicina.

Dice Small que la mejor manera de descubrir lo que es una determinada ciencia es estudiarla históricamente y Sartre por su parte afirma que nuestra ciencia debe humanizarse, lo que significa que debe ser parte de nuestra cultura, la mejor manera de humanizarla es estudiarla históricamente para conocerla mejor. Sobre esta base se impone incluir un breve relato histórico de la medicina que comprenda sus etapas más importantes que son: la medicina en la antigua Grecia; la medicina durante la Edad Media; la medicina en el Siglo XIX y, finalmente, la medicina en el Siglo XX.

La medicina en la antigua Grecia

Antes de Alcmeón de Crotona y de Hipócrates de Cos, la medicina en la antigua Grecia fue como en el resto del

planeta, una combinación de empirismo y magia. Empíricos hábiles fueron los cirujanos militares de la Ilíada, pero en el Siglo V antes de Cristo, los hombres de las ciudades griegas (Crotona, Agrigento, Cnido, Cos) van a intentar un nuevo modo de entender la asistencia al enfermo, apartándose de la empiria y de la magia, van a crear la «*Tekné Iatriké*» o técnica médica, que consistirá en lo sucesivo en saber con cierta precisión científica, qué se hace y por qué se hace; y para ello el médico deberá saber qué es la enfermedad y qué es el hombre enfermo; qué es el remedio y por qué actúa en tal enfermedad y no en otras. Apoyados en la ciencia de la naturaleza recién creada por los filósofos presocráticos (Pitágoras, Empédocles, Demócrito), la llamada *Physis* (de donde física, fisiología), surgirá una fisiología humana, una patología, una farmacología y una *Tekné Therapeutiké*. Entonces aparecerá el Asklepiada técnico y la medicina será a partir de entonces y para siempre la ciencia y el arte de curar que enseñan los diversos escritos del «*Corpus Hipocraticum*».

¿Cómo entendieron el acto médico los antiguos griegos? El médico griego actuó movido por una auténtica voluntad de ayuda técnica al enfermo, pero antes que eso fue «*phylia*» es decir, amistad, lo que constituyó el fundamento de la relación médico-paciente; donde hay *filantropia* (amor al hombre), hay también *filoteknie*, es decir, amor al arte de curar, proclamaba una famosa sentencia helenística.

De los preceptos hipocráticos, los tres grandes pensadores griegos (Sócrates, Platón y Aristóteles) encontraron en la amistad motivo importante de meditación, el enfermo es amigo del médico a causa de su enfermedad, dice Platón en el *Lisis*, nada habría importado más a Sócrates que la amistad: «cada hombre tiene su pasión: unos los caballos, otros los perros, otros los honores, otros el oro. En cuanto a mí, deseo apasionadamente tener amigos. Podéis creerme, Zeus es testigo, preferiría un amigo a todos los tesoros de Darío. Tan grande es mi avidez de amistad.» (Platón. *Lisis*). Por su parte Aristóteles afirma que «la amistad es lo más necesario para la vida» y agrega que el eros (el amor) es un grado extremo, una exageración (*hyperbolē*) de la *phylia*, para Aristóteles pues, la amistad consiste en querer y procurar el bien del amigo, entendido como una realización individual de la naturaleza humana.

En resumen, el rasgo más sobresaliente y meritorio de la antigua medicina griega consistió en aceptar, interpretar y potenciar técnicamente el instinto de auxilio al semejante enfermo. Esta nobilísima tarea tuvo un doble fundamento: fue por una parte técnica y de ahí su influencia imperecedera sobre todos los médicos que han heredado el mensaje griego y se ajustó, por la otra, a la concepción griega de la amistad. Se comprende ahora, porqué durante el renacimiento, al surgir el humanismo, se revivió esta concepción aplicada a la medicina.

En el tránsito de la Grecia hipocrática a la Edad Media se ha producido un acontecimiento de enorme importancia: el nacimiento y la difusión del cristianismo, que influye en la relación médico-paciente en los aspectos siguientes:

1o. Condición igualitaria del enfermo ante el médico. Ya no hay diferencia entre ricos y pobres ni entre hombres libres y esclavos.

2o. La significación del dolor: la enfermedad es pacientemente sobrellevada y se fomenta la compasión ante el sufrimiento ajeno.

3o. La incorporación del consuelo a la acción médica y cuidado de enfermos incurables y moribundos.

4o. La asistencia gratuita, por caridad, al menesteroso.

5o. Finalmente, la incorporación de prácticas religiosas cristianas (oración, unción sacramental, bendición) al cuidado de los enfermos.

El médico de la Edad Media europea ejerce su actividad médica como oficio, no como arte de curar. Según la regla benedictina «la asistencia médica debe ser prestada al enfermo como si se prestase al mismo Cristo», es decir, es una filantropía cristianamente interpretada.

Hacia la mitad de la Edad Media la medicina se hace sacerdotal, monástica, como oficio caritativo. Se olvida la gloriosa conquista de la mente griega, fundamento de toda ciencia natural y de toda técnica y se introducen prácticas como la ordalia que es la convicción de que el curso regular de los fenómenos naturales puede ser alterado o abolido en cualquier momento.

Hacia la alta Edad Media, tres sucesos importantes deciden el curso de la medicina: la Escuela de Salerno, influenciada por los frutos de los traductores árabes de Toledo; los decretos reales que establecen la obligatoriedad del título oficial para ejercer la medicina, y, finalmente, el establecimiento de las escuelas de medicina en las universidades de París, Oxford, Bolonia, Montpellier, Salamanca, etc., con lo que va desapareciendo paulatinamente el sacerdote médico.

En resumen, la sociedad de la Edad Media entendió cristianamente la relación médico-paciente. Una versión de la moral cristiana dio materia y forma al momento ético-religioso de esta relación y puesto que la noción del deber es primaria en toda moral, el médico estaba obligado, ética y socialmente, a cuidar con diligencia a sus pacientes y procurarles el bien del cuerpo y del alma. El deber más importante del médico es advertir a sus pacientes que confiesen sus pecados cuando su vida se halla en peligro a causa de su enfermedad.

La medicina en el Siglo XIX tiene el rasgo más importante de la historia moderna, que es el paso de una sociedad eminentemente cristiana a una sociedad secularizada. Secularización es la aventura histórica del hombre moderno de Occidente cuando decide para regir y normar su vida, atenerse exclusivamente a las posibilidades y recursos de su propia naturaleza, de su propia razón, de su inteligencia, de su imaginación y de su voluntad. En otras palabras, cuando decide eliminar de su existencia histórica todo lo que pretenda ser sobrenatural o revelado. El proceso se inicia en el Siglo XVII y se hace definitivo en los siglos XVIII y XIX. Libre pensador al principio, el hombre secularizado se hace materialista en el Siglo XVIII y positivista, agnóstico, anarquista o marxista en los siguientes.

Estamos en la segunda mitad del Siglo XIX. La medicina se ha secularizado y con sus creencias y su conducta así lo acreditan los médicos de Occidente, unos afirmando claramente no ser cristianos y otros siéndolo en su fuero interno y actuando como tales en situaciones límite de su existencia, pero actuando médicamente según los hábitos y la moral del siglo. Se van definiendo tres actitudes filosóficas ante el enfermo:

1o. El médico actúa movido por una sincera voluntad de ayuda técnica al enfermo. El yo del médico es un *ego adjuvans*, que ve en el paciente un ser doliente.

2o. Para otros médicos la meta será el conocimiento científico de la naturaleza de la enfermedad. El afán es un diagnóstico preciso y una terapéutica científicamente comprobada. El yo del médico es un *ego sapiens*.

3o. Finalmente, hay médicos cuyo mayor interés es un mejor o peor disimulado afán de lucro. De prestigio profesional. El enfermo es ante todo motivo de lucro. El yo del médico es entonces un *ego cupiens*. En realidad puede afirmarse que no existen médicos de una sola pieza, ni tan deshumanizados que todo en su práctica sea conocimiento científico o afán de lucro, ni tan altruistas que ejerzan su profesión por amor al enfermo o a la medicina. Para que la práctica de la medicina sea moralmente aceptable, bastará que aparte de eficiencia técnica no sean el afán de prestigio, el frío y deshumanizado apetito de saber, ni el desmedido afán de lucro, las instancias definitivas de su conducta.

La asistencia médica que proporcionaban los hospitales de prestigio de la Europa de entonces, trátase del Hotel Dieu o La Salpêtrière de París, La Charité de Berlín, el Guy's de Londres, el Allgemeines Krankenhaus de Viena o el San Carlos y el General de Madrid, estaba integrada por un diagnóstico excelente puesto que sus médicos solían ser los mejores del país; un tratamiento necesariamente limitado dados los escasos recursos y, finalmente, en caso de muerte, una cuidadosa necropsia. Los enfermos vieneses, decían con aguda ironía los pobres de Viena, tenemos la gran suerte de ser muy bien diagnosticados por el Gran Skoda y muy bien autopsiados por el Gran Rokitsky. Imposible dejar de recordar a los grandes de la medicina de entonces: A Charcot y Delafoy en Francia. A Naunyn y Von Müller en Alemania, a Billroth y Nothnagel en Austria, a Bacelli en Italia y a Medinaveitia en España. Para ellos el ejercicio de la medicina vino a ser una mezcla más o menos bien balanceada de interés científico, genuina vocación médica y un grado variable, pero innegable, de interés económico, de prestigio profesional y de afán de lucro.

En la medicina en el Siglo XX, lo más sobresaliente que empieza a introducirse entonces, según Von Weizacker, es el concepto de persona o sujeto en el pensamiento y quehacer del médico, esto no hubiera sido posible sin el antecedente de la magna revolución político-social del mundo moderno, que aparece como una constante a lo largo de estas sucesivas fechas: 1789, 1848 y 1917. Es la idea de que el orden social y político de la alta Edad Media no es justo

ni verdaderamente natural; va contra los imperativos de la justicia, cristiana o secularizada, y atenta contra los postulados de la naturaleza y de la razón. Este hecho influye sobre la relación médico-paciente. Ahora el paciente exige ser tratado como persona y surge la conciencia del derecho a la asistencia médica; el enfermo es ahora un «derechohabiente» y exige ser tratado como sujeto dotado de inteligencia, de intimidad, de personalidad y de libertad, no como un simple objeto. Por tales motivos la relación médico-paciente empieza a entrar en crisis en los primeros decenios de este siglo y está en plena crisis en los decenios que nos ha tocado vivir, las características del ejercicio de la medicina contemporánea, de su filosofía, de su ética son las que ustedes jóvenes empiezan a vivir o están viviendo y que yo, a lo largo de cinco décadas, he vivido intensa, apasionadamente.

La socialización de la medicina es, sin lugar a dudas, el rasgo más importante de la práctica médica actual y que exige, de parte del médico, una particular actitud filosófica. Considerado en su conjunto, es un suceso justo, irreversible y progresivo. Le es aplicable el famoso argumento de Duns Escoto: «*porcui, decuit, ergo fecit*»; es decir: pudo hacerse, debió hacerse, luego se hizo. Pero la necesidad histórica y la ineludible justicia del suceso, de ninguna manera deben hacer intocables los detalles, técnicas y procedimientos con que se realiza. Adolece de muy serias fallas y defectos, sobradamente conocidos para ameritar una cuidadosa consideración, pero que requieren, insisto, están esperando apremiantemente su corrección, el examen de la relación médico-paciente a lo largo de la historia de Occidente, con la finalidad de puntualizar la base filosófica sobre la que se ha sustentado así como si ha lugar a concluir que la medicina actual se ha deshumanizado, permite afirmar y consolidar el genial acierto de los antiguos griegos que calificaron esta relación como «filia», es decir amistad; un modo particular de comunicación, la amistad médica. El buen médico siempre ha sido amigo del enfermo y el enfermo tiende a ser y es con frecuencia amigo del médico, para el logro feliz de este ideal de la amistad médica hay que vencer, dentro de cada situación histórica y social, obstáculos monótonamente repetidos desde la antigua Grecia: impericia, incuria, ineptitud, dogmatismo deshumanizado, desmedido afán de lucro, etc., etc., pero pocas veces tales obstáculos impedirán que un verdadero médico, bien formado técnica y moralmente digno, íntegro, entable con sus pacientes una relación médica satisfactoria, por lo tanto, amistosa.

Ahora el colofón, voy a utilizar para ello unas frases entresacadas de la extraordinaria producción no médica del maestro Chávez, que a la belleza de la expresión aúna una gran profundidad conceptual, y que encuadran a maravilla en el tema de este editorial. En alguna ocasión dijo: «mientras paseábamos por el jardín de Academos disertando sobre estos temas generales de la medicina, ha caído la tarde; el sol se ha puesto del lado del Pireo y sólo se percibe, bajo una claridad, mitad rosa, mitad dorada, la sagrada colina de la Acrópolis. Afortunadamente esa luz es aún bastante para

iluminar nuestros pasos. Hace muchos siglos, cuando el Olimpo era la morada de los dioses, solían bajar a convivir con los mortales. Asklepios, el dios de la medicina, solía bajar a curar a los hombres. Un día se volvió a su montaña sagrada y dejó encomendada su misión a un mortal. Del dios de la medicina sólo quedó su templo, bajo rumor de pinos, en Epidauro. Los hombres lo representaron con su hermosa cabeza pensativa digna de un dios, con su larga barba que habla de años y experiencia y con el bastón nudoso que simboliza las ásperas dificultades del arte. Hipócrates recogió el legado y en el Asklepión de la isla de Cos creó la medicina de observación que conocemos. La posteridad lo reconoció como el padre de la medicina porque humanizó el arte médico de su tiempo.

Nosotros somos sus seguidores, por ser fieles a sus enseñanzas y a su ejemplo, aspiremos a la recompensa de merecer el nombre de verdaderos médicos. Somos los médicos el puente más amplio entre ciencia y humanismo. Como en ninguna otra profesión, concurren en la nuestra estas dos corrientes que más exaltan y ennoblecen la vida. Toca al médico hacerlas suyas. Si lo logra, será un verdadero médico, heredero de una de las más nobles tradiciones, una tradición milenaria. En sus manos no podrá, no deberá, deshumanizarse la medicina. «Su conciencia moral no habrá de permitirlo».

Dr. Rafael García Carrizosa